



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**  
**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA SESIÓN 6**

# **CBX 107 ANTIGUO TESTAMENTO I**

Ska, Jean-Louis. “Abrahán y los patriarcas: ¿actores de la historia o figuras legendarias?”. En *Enigmas del pasado: historia de Israel y relato bíblico*, 35-48. Estella: Verbo Divino, 2003.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre, 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

### *Capítulo tercero*

## **Abrahán y los patriarcas: factores de la historia o figuras legendarias?**

### **I. Introducción: los relatos patriarcales y el comienzo de la «historia de Israel»**

Muchos autores piensan, con razón, que los relatos de Gn 1–11, es decir, los relatos de la creación del mundo, Caín y Abel, el diluvio y la torre de Babel, no pertenecen a la historia propiamente dicha, sino a una especie de prehistoria del universo, no pueden ser relatos «históricos» en el sentido estricto del término. Contienen numerosos elementos «sapienciales» porque quieren «explicar» el origen del mundo o la condición humana, pero no quieren «describir» exactamente este origen. Dicho con otras palabras, Gn 1–11 pretende explicar el «porqué» de nuestro mundo, pero no pretende explicar «cómo» surgió.

Con Abrahán, dicen algunos, entraríamos en un mundo diferente y caminaríamos sobre un terreno más seguro. Abrahán, en efecto, es un individuo, no ya un «tipo». Los relatos se presentan asimismo más detallados y su marco es más preciso. El estilo es diferente, más concreto y más alejado del de la «mitología». La «historia» en cuanto tal empezaría, pues, con el comienzo de la historia de Israel. Esto tendría un gran interés teológico, puesto que significaría que el nacimiento del género literario de la historia coincide con la aparición del antepasado de Israel en la escena universal.

Con todo, la situación es menos simple de lo que parece a primera vista. En efecto, la investigación sobre lo que la arqueología

logía y la historia del Oriente Próximo antiguo pueden decirnos sobre los patriarcas es bastante decepcionante.

## II. La historicidad de los patriarcas o de la época patriarcal

### *1. Las escasas huellas dejadas por los patriarcas en la historia*

Para empezar, no hay huellas de los patriarcas bíblicos en los documentos de aquella época. No hay ninguna inscripción, ningún documento, ni ningún monumento que hable de Abrahán<sup>1</sup>, de Sara, de Isaac, de Rebeca, de Esaú, de Jacob, ni de sus familias. No han dejado ni escritos ni inscripciones, porque, con toda probabilidad, no escribían. Además, como vivían en tiendas, es difícil encontrar huellas de los lugares en los que habitaban. Según los relatos bíblicos, no construyeron monumentos, salvo algunos altares (Gn 12,7.8; 13,18; 22,9; 26,25; 33,20; 35,3.7), estelas (28,18; 31,45.51; 35,14-20) y tumbas (*cf.* Gn 23; 25,9; 35,8.20; 49,30-32); sin embargo, los arqueólogos no han identificado con certeza ninguno de estos monumentos. A esto se añade que algunos de los textos que mencionan estas construcciones son relativamente tardíos.

### *2. ¿Historicidad de una época patriarcal?*

No resulta fácil, por consiguiente, encontrar a los patriarcas en los documentos de la época. Apoyándose en algunas costumbres características, ciertos exégetas han intentado probar al menos la historicidad de una «época patriarcal» (W. F. Albright y su escuela). Por ejemplo, únicamente en los relatos patriarcales se menciona la posibilidad de que una

<sup>1</sup> El faraón Sesac (950-926 a. de Cristo) menciona entre sus conquistas en el sur de Judá una «fortaleza de Ab(i)ram» o «campo de Ab(i)ram». Algunos ven en este nombre el equivalente de Abrahán, pero se trata de una hipótesis muy controvertida.

mujer sin hijos dé una de sus siervas a su marido. El hijo o los hijos nacidos de esta unión son considerados hijos legítimos de la esposa. Eso es lo que pasa en el caso de Abrahán y Agar, sierva dada por Sara a su marido. De esta unión nació Ismael (Gn 16). Lía y Raquel, las dos esposas de Jacob, dieron a sus siervas Balá y Zilpá a su marido en circunstancias parecidas (Gn 29–30). Ambas conocieron momentos de esterilidad y resolvieron de este modo su dificultad para tener hijos. Por otra parte, éstos son los dos únicos casos en que se menciona esta costumbre. Por consiguiente, sería característica de un período determinado de la historia de Israel. Ciertos documentos mesopotámicos del segundo milenio antes de Cristo contienen, según estos mismos exégetas, contratos similares. Esto sería un elemento importante que militaría a favor de la antigüedad de las tradiciones patriarcales. Sin embargo, un examen más riguroso de los contratos mesopotámicos ha revelado que esta comparación no se mantiene en pie (Th. L. Thompson, J. van Seters y otros).

### 3. *¿Una antigua «religión de los patriarcas» o una «religión de la familia»?*

Otros autores (por ejemplo, Albrecht Alt en Alemania) han afirmado que la religión de los patriarcas posee ciertas particularidades que la distinguen de otras formas de la religión de Israel. La más importante sería el culto al «Dios del padre» o al «Dios de los padres» (véase Gn 26,24; 28,13; 31,53; 32,10; 46,1; Ex 3,6). Contrariamente a las divinidades cananeas, ligadas a parajes y a templos, el Dios de los patriarcas estaría ligado, en primer lugar, a las personas. Este tipo de religión sería típico de los nómadas.

Con todo, esta teoría ha recibido una fuerte contestación (M. Köckert). En efecto, los textos bíblicos y sus paralelos extrabíblicos datan de una época reciente. Las inscripciones extrabíblicas se remontan a la época de los nabateos (últimos siglos antes de nuestra era). En lo que se refiere a los textos bíblicos, su objetivo es ante todo mostrar la continuidad

entre el Dios de los tres patriarcas y el Dios del éxodo. Estos textos son en su mayoría tardíos y fueron redactados para crear un vínculo teológico y literario entre las diferentes partes del Pentateuco actual, sobre todo entre los relatos del Génesis y los del Éxodo. En consecuencia, no es posible extraer gran cosa de ellos sobre una eventual religión antigua propia de los patriarcas.

Otros estudios recientes (R. Albertz) demuestran, en cambio, que no tenemos que situar la religión de los patriarcas en una época particular de la historia de Israel. Se trataría más bien de un tipo de religión característica de la familia extensa. En pocas palabras, la religión de la familia es más personal y menos anónima que la religión oficial. El Dios de la familia o del clan es el de un antepasado; no se trata verdaderamente del Dios del universo o del Dios de toda una nación. Este Dios de la familia está cerca y sostiene a sus fieles a lo largo de todas las vicisitudes de la vida cotidiana. Este Dios concluye normalmente con los antepasados de la familia una alianza unilateral, es decir, incondicional. Este Dios promete asistencia sin pedir nada a cambio. Por esa razón el Dios de los patriarcas es un Dios de bondad y de mansedumbre, dispuesto siempre a socorrer y que parece cerrar los ojos frente a las debilidades (morales) de sus elegidos. Por ejemplo, Dios aflige al faraón con plagas cuando este último toma a Sara en su harén sin saber que era la mujer de Abrahán. Por el contrario, no castiga a Abrahán por haber mentido al decir que Sara era su hermana, exponiendo así al faraón a cometer adulterio (Gn 12,10-20). El mismo Dios promete proteger a Jacob durante todo el viaje que le conduce a casa de su tío Labán (Gn 28,15), pero no dice nada de la razón de este viaje. En efecto, Jacob ha robado la bendición de su hermano Esaú gracias a un engaño imaginado por su madre, Rebeca (Gn 27). Esta «doble moral» es característica tanto de los relatos patriarcales como de la «religión de la familia». Con todo, la «justicia» triunfa muy a menudo, aunque a largo plazo: Abrahán será expulsado de Egipto; Jacob permanecerá veinte años lejos de su casa y será engañado a su vez por su tío Labán.

Estas reflexiones tienden a mostrar que la religión de los patriarcas no es característica de una época particular de la historia de Israel, sino de una capa social. La religión de los patriarcas «precede» a la religión de la nación (la religión de Moisés) sólo porque la Biblia considera este nivel de la fe en Dios como más fundamental. Hasta san Pablo dirá que la fe precede a la ley, del mismo modo que Abrahán precede a Moisés. La religión de la alianza unilateral precede a la de la alianza condicional, porque la gracia de Dios precede a las exigencias de la ley y de la moral. La anterioridad es, por consiguiente, más teológica que propiamente cronológica.

Desde el punto de vista histórico, eso significa, pues, que la religión de los patriarcas ha existido, con diferentes formas, durante toda la historia de Israel, porque está vinculada no a una época, sino a la institución de la familia extensa en cuanto tal, una institución típica de toda la antigüedad.

#### *4. El mundo de los nómadas y la historia*

Existe, por tanto, una dificultad de fondo a propósito de la historia de los patriarcas. Su modo de vivir es el de los nómadas o seminómadas que se desplazan con sus rebaños en busca de pastos y viven en tiendas (Gn 12,8-9; 13,3.12.18; 18,1.6.9.10; 24,67; 25,27). El capítulo 18 del Génesis nos permite conocer también con una precisión suficiente el régimen alimentario de los patriarcas: la carne estaba reservada para las ocasiones excepcionales, se comía acompañada de unas hogazas cocidas sobre una piedra, y bebían esencialmente leche (Gn 18,6-8). El vino, en cambio, aparece sólo en el régimen de los sedentarios (Gn 14,18). Este tipo de cultura nómada ha durado milenios. Los actuales beduinos del desierto aún siguen viviendo más o menos como los patriarcas bíblicos. En consecuencia, no es posible determinar con certeza la época patriarcal apoyándonos únicamente en ciertas costumbres o en cierto modo de vida. Todo esto nos obliga a proceder con una gran prudencia cuando se plantea la cuestión de la historicidad de los relatos sobre los antepasados de Israel.

### 5. Los patriarcas y Egipto

Las introducciones a la Biblia reproducen, de vez en cuando, algunas de las pinturas encontradas en una antigua tumba egipcia en Beni Hasan. En ellas está representado un grupo de semitas asiáticos a su llegada a Egipto. Los animales de carga son asnos. Estos semitas llevan ofrendas, entre las que figuran cabras de sus rebaños. Transportan asimismo instrumentos de música y armas. Según algunos especialistas (W. F. Albright y su escuela), la pintura que reproducimos en la página de al lado sería una ilustración de las migraciones de los patriarcas. Así es como deberíamos imaginar la llegada de Abrahán o de los hermanos de José a Egipto (Gn 12,10-20; 42; 43 y 46-47).

---

Pintura mural de la tumba de un oficial (gobernador) del faraón Sestosis II llamado Khnum-othep. La tumba está situada en Beni Hasan. Fecha: ca. 1890 a. C. El gobernador es el personaje de gran talla situado a la derecha de la pintura. Según los cánones de la pintura egipcia, el tamaño del personaje es proporcional a su importancia. Hasta su vestido blanco y en parte diáfano es típico de los personajes de la aristocracia. El grupo de los semitas (tal vez se trate de amorritas) va precedido por dos siervos egipcios que llevan vestidos blancos y que son también ligeramente más grandes que los asiáticos. La inscripción que se encuentra arriba de la pintura explica la escena: «Llegada de la pintura negra para los ojos que le ha sido traída por treinta y siete asiáticos». La barba es un signo característico de los asiáticos, del mismo modo que los vestidos de colores abigarrados. El jefe de la delegación sigue de inmediato al segundo siervo egipcio, se inclina en un gesto de saludo respetuoso y presenta como regalo un íbice domesticado. Su nombre está inscrito delante de él: «el jefe Ibsha». El bastón encorvado que se ve por encima de los cuernos del íbice es el símbolo egipcio tradicional para señalar a un príncipe asiático o beduino. Ibsha tiene en la mano izquierda un bastón bastante parecido. En la procesión que sigue aparecen hombres, mujeres y niños. Los hombres llevan arcos y flechas, lanzas y bastones, mientras que el penúltimo hombre toca la lira de ocho cuerdas. Los asnos llevan fardos, entre otras cosas odres y una lanza. El jefe Ibsha y el hombre que le sigue con una cabra van con los pies descalzos, quizás como signo de respeto, mientras que podemos observar que los hombres y las mujeres llevan diferentes tipos de calzado. El gobernador Khnum-othep lleva unas sandalias muy finas y sus siervos van también descalzos.

Fuente: *Atlas Van de Bijbel*, p. 38, n. 121.





Pero esto anda lejos de ser cierto. Los documentos egipcios, y en particular estas pinturas, atestiguan sólo el paso habitual de grupos asiáticos por Egipto. Basándonos en estos magros documentos no es posible determinar en qué época particular de la historia egipcia habrían bajado a Egipto, para establecerse allí, ciertos grupos específicos de nómadas o seminómadas procedentes de la tierra de Canaán. Hace todavía algunos años era habitual hablar a este respecto de los hicsos, una tribu asiática que consiguió gobernar Egipto durante casi dos siglos (1730-1550 a. C.). Las migraciones patriarcales habría que ponerlas en relación con la invasión de Egipto por los hicsos, del mismo modo que el éxodo es posible que esté en relación con su expulsión. No obstante, los puntos de contacto entre los textos bíblicos y los documentos egipcios sobre los hicsos son demasiado vagos para permitir extraer conclusiones seguras al respecto.

No hay ninguna huella de un personaje llamado José en las listas de los funcionarios egipcios. Los capítulos sobre la estancia de José en Egipto (Gn 39-50) podrían hacer pensar que estamos en un mundo bien conocido, porque estos relatos suponen cierto conocimiento de las costumbres egipcias. Mencionan, por ejemplo, el hecho de que los egipcios no quieren comer con los extranjeros (Gn 43,32) o que abominaban a los pastores (Gn 46,34). La historia de José contiene asimismo una palabra que podría ser egipcia (Gn 41,13: «Abrek», una palabra gritada ante el carro de José). Con todo, la traducción es incierta y el origen de la palabra es objeto de gran discusión. En resumidas cuentas, el conocimiento de Egipto que supone la historia de José sigue siendo muy aproximativo. Los autores de los capítulos 37-50 del Génesis conocen de Egipto lo que cualquier habitante de la tierra de Canaán un tanto cultivado puede saber. En consecuencia, no es necesario que hubieran vivido en Egipto durante un período particular para poder hablar de esta tierra como lo hacen.

### 6. *Un argumento a favor de la historicidad de los patriarcas*

Los especialistas pueden invocar un solo argumento bastante sólido a favor de la historicidad de las figuras patriarcales: se trata de antepasados y es muy difícil «inventar» a los antepasados de un pueblo. Si la figura no está muy anclada en la tradición de un pueblo, difícilmente podrá ser aceptada, y menos aún convertirse en parte del patrimonio literario de este pueblo. Siguiendo esta línea de argumentación, los patriarcas bíblicos serían, por tanto, figuras populares conocidas al menos en ciertas regiones de Israel. Es incluso probable que cada uno de los patriarcas haya tenido una «patria» diferente. Las figuras de Abrahán y Sara, por ejemplo, están ligadas en particular a Hebrón (o Mambré, cerca de Hebrón; véase Gn 13,18; 14,13; 18,1; 23,2.17). La figura de Isaac parece situarse más al sur, en la región de Bersabea, en la frontera del Négueb (Gn 24,62; 25,11; 26,33; *cf.* 34,27 que es, sin embargo, un texto tardío, puesto que pertenece a la fuente «sacerdotal» postexílica). Jacob, en cambio, está ligado a las tribus del norte. Tras su estancia en casa de su tío Labán en Jarán, viaja sobre todo entre Siquén y Betel (Gn 28,19; 33,18; 35,1.16).

Con todo, este argumento invocado por los especialistas a propósito de los patriarcas es bastante formal. Si bien permite encontrar la raíz popular y tradicional de los relatos, no autoriza a afirmar gran cosa sobre la historicidad de los mismos textos. ¿Cuándo se convirtieron estas figuras en los antepasados del pueblo? ¿Cuándo se estableció la genealogía que nosotros conocemos, es decir, Abrahán, Isaac y Jacob, por este orden? ¿Fue Abrahán siempre el «padre» de Isaac y el «abuelo» de Jacob? ¿Fueron Isaac y Rebeca «desde siempre» los padres de Isaac y de Esaú? ¿Fue Jacob desde siempre el padre de los doce hijos que dieron sus nombres a las doce tribus de Israel (es decir, los antepasados «epónimos» de las doce tribus)? Las respuestas a estas cuestiones y a otras muchas siguen siendo forzosamente muy vagas. No hay

duda de que existe un «fundamento» para estos relatos en el patrimonio popular de lo que se ha convertido en el «pueblo de Israel», pero es muy difícil separarlo de todo lo que la Biblia ha añadido a lo largo de los siglos a fin de celebrar estas figuras particularmente importantes para su identidad cultural y religiosa.

### **III. La fecha de redacción de algunos textos claves**

Siempre a propósito de los relatos sobre los antepasados de Israel, hemos de añadir un último dato. Muchos textos fundamentales de estos capítulos del Génesis han revelado ser tardíos, es decir, que fueron redactados después del exilio. La imagen de un Abrahán «peregrino» que viene de Ur de Caldea para establecerse en la tierra de Canaán (Gn 11,28.31; 12,1-3; 15,7) es muy conocida. Ahora bien, la llamada de Abrahán (Gn 12,1-3), texto clave del libro del Génesis y pequeña joya de teología veterotestamentaria, es considerada hoy como un texto postexílico. La finalidad de este pasaje es presentar a Abrahán como antepasado de la comunidad que ha regresado de Babilonia para reconstruir Jerusalén y su templo. Abrahán fue llamado por YHWH, el Señor de Israel, y dejó su patria para ir hacia una tierra desconocida, la tierra prometida (Gn 12,1). Abrahán obedeció (Gn 12,4a) y por eso le bendijo Dios. El mensaje es claro: la bendición prometida a Abrahán vale asimismo para todos los que han vuelto de Mesopotamia después del exilio para establecerse en la tierra de Canaán.

En realidad, los textos en los que se afirma que Abrahán vino de Caldea son poco numerosos. Prescindiendo de Gn 11,28.31 y 12,1-3, el tema se encuentra en Gn 15,7 y en un texto tardío de Neh 9,7. Todos estos textos son recientes. Además –y esto es un argumento de peso–, los restantes relatos sobre Abrahán no hacen ninguna alusión a su origen mesopotámico. Abrahán vivió en la tierra de Canaán como si

se tratara de su «patria». Nunca fue considerado un extranjero ni se comportó como tal, salvo en el relato postexílico de Gn 23. Vivió más bien como un nómada que se desplaza con sus rebaños según las necesidades del momento. Cuando reina el hambre (Gn 12,10), no vuelve a «su casa», a Mesopotamia, sino que baja a Egipto (Gn 12,10-20) o a Filistea (Gn 20; 21,32; 26,1). El relato de Gn 24, donde el siervo de Abrahán vuelve a Jarán para encontrar una esposa a Isaac, es un texto muy tardío. Emplea, por ejemplo, la apelación divina «Dios del cielo» (Gn 24,7) que encontramos en el edicto de Ciro (2 Cr 36,23; Esd 1,2). La expresión es típica del lenguaje de la época persa.

A Jacob se le presenta también como un modelo a los israelitas que partieron al exilio y fueron invitados a volver a su casa. El viaje de Jacob es una prefiguración de la «odisea» de los exiliados. Por ejemplo, cuando el patriarca tiene que irse a vivir a casa de su tío Labán (Gn 28,15; cf. 28,21), Dios le promete volver a traerle a su tierra, es decir, a la tierra de Canaán. La idea del «retorno» es, además, uno de los «hilos conductores» del ciclo de Jacob (Gn 31,3.13; 32,10; 33,18). Una gran parte de estos textos es de origen redaccional.

Estas cuantas observaciones basadas en elementos que se encuentran diseminados en los relatos sobre Abrahán (Gn 12-25) y Jacob (Gn 25-35) muestran de una manera suficiente que ambos patriarcas son, hasta cierto punto, fruto de una relectura y de una reactualización de textos más antiguos a fin de responder a las preocupaciones de la comunidad vuelta a Jerusalén después del final del exilio, en torno al año 530 a. C.

Este dato nos obliga a ser prudentes cuando buscamos un posible lazo entre los textos bíblicos sobre los patriarcas y los movimientos de población entre el norte de Mesopotamia y Siria o la tierra de Canaán hacia el año 1800 o 1700 a. C., fecha propuesta en ocasiones para la época patriarcal.

#### IV. La intención de los relatos

##### 1. «Leyendas» y personajes «legendarios»

Los relatos patriarcales son semejantes, en muchos puntos, a las «leyendas» y a los relatos populares (H. Gunkel). Una leyenda es un relato popular que tiene como finalidad primera poner de relieve las cualidades o las acciones de un personaje ilustre o, en otros casos, explicar el origen de una ciudad, de un monumento o de un lugar de culto y de peregrinación célebres. La leyenda pretende ante todo hacer admirar a ciertos personajes o convencer de que los lugares de los que habla tienen algo verdaderamente excepcional. Los personajes de las leyendas, sin embargo, no son necesariamente «legendarios», es decir, «inventados» o «ficticios», por el simple hecho de que aparezcan en las leyendas. En cambio, una gran parte de lo que se cuenta en las leyendas es verdaderamente «legendario» y resulta difícil, y hasta imposible en muchos casos, separar los elementos legendarios de los elementos estrictamente «históricos». Ésa es también la situación en que la se encuentra el investigador que se enfrenta con los relatos patriarcales.

##### 2. ¿Informar o formar?

Como hemos visto, la diferencia entre la documentación que tienen a su disposición los historiadores y los textos bíblicos sobre los patriarcas sigue siendo considerable. Esto nos obliga a mantener cierta circunspección en nuestras afirmaciones sobre la «historicidad» de los textos bíblicos y nos obliga a leerlos con unos ojos diferentes. Su intención primera no es verdaderamente «informar» sobre la historia, sobre «lo que ha pasado realmente»; pretenden más bien «formar» la conciencia religiosa de un pueblo. Este segundo objetivo no excluye en absoluto la presencia de elementos históricos en los relatos. Sin embargo, la manera de contar es diferente, pues lo que interesa sobre todo a los autores de estos relatos no es la objetividad de los datos, sino la significación de los

acontecimientos para sus destinatarios. El estilo y el género literario de los relatos han sido elegidos en función de este objetivo, que ahora tenemos que intentar definir con mayor precisión.

### 3. *¿Por qué hablar de los antepasados de Israel?*

¿Por qué fueron escritos los relatos patriarcales? ¿Por qué se recopilaron estos antiguos relatos y fueron situados al comienzo de la historia de Israel? La respuesta a estas cuestiones es, sin duda, compleja, pero es la que nos permitirá resolver muchos de los problemas que hemos encontrado hasta ahora.

La finalidad primera de los relatos sobre los antepasados de Israel es doble. Por una parte, estos relatos pretenden definir al pueblo a partir de las «genealogías». En la mentalidad popular que se refleja en este tipo de relatos, ésta era una manera sencilla y eficaz de afirmar la identidad del pueblo: los israelitas se distinguen de los pueblos vecinos —como los amonitas, los moabitas, los filisteos, los ismaelitas, los arameos y los edomitas— porque tienen antepasados diferentes. Por otra parte, esta «genealogía» fundamenta algunos «derechos fundamentales» de los pueblos, como el derecho a la tierra. Sólo los descendientes de Abrahán, de Isaac y de Jacob tienen derecho a la tierra de Canaán y a las demás bendiciones prometidas por Dios a estos antepasados. Los otros miembros de sus familias (Lot, BenAmi, Moab, Ismael, Esaú, etc.) no gozan de estos derechos o, por lo menos, de todos ellos. En particular, Dios concluyó una alianza únicamente con Abrahán, Isaac y Jacob, y sólo a ellos les prometió la posesión de la tierra prometida (*cf.* Gn 17; Ex 6,2-8).

Además de estos aspectos fundamentales, los relatos tienen de vez en cuando una dimensión «paradigmática» o «ejemplar». Se presenta a los antepasados como a los modelos que deben seguir. Eso vale sobre todo para Abrahán, aunque también, en parte, para Jacob. Abrahán es un modelo de fe, de confianza y de obediencia (véase sobre todo Gn 12,1-4a, la vocación de

Abrahán, o la «prueba» de Abrahán en Gn 22,1-19). Como ya he dicho, a Abrahán y a Jacob se les presenta también como modelos a todos los que están invitados a volver del exilio a la tierra de Israel para cumplir el plan de Dios.

Jacob, por su parte, se parece más a los héroes populares celebrados por sus proezas o por su astucia, aun cuando esas «proezas» sean moralmente discutibles (*cf.* Gn 27). Eso, más que la voluntad explícita de reunir unos archivos históricos sobre los orígenes del pueblo elegido, es lo que ha guiado a los redactores en la composición de los relatos patriarcales.

Es muy probable que la última redacción de estos relatos sea postexílica y que se remonte a la época en la que Israel ya no poseía su tierra. Ahora bien, según la teología clásica del Deuteronomio, Israel perdió esta tierra porque no observó la ley y «rompió» la alianza con su Dios (*cf.* Dt 28). La causa del exilio fue la infidelidad de Israel (*cf.* 2 Re 17). ¿Le queda a partir de ahí alguna esperanza a Israel? Sí, responden los relatos patriarcales (en su última redacción), porque la promesa de la tierra está ligada a una alianza más «antigua» que la del Sinaí o la del Horeb, alianza condicionada por la observancia de la ley. Según los relatos patriarcales, la promesa de la tierra está ligada a una alianza unilateral e incondicional que Dios ha concluido con Abrahán (*cf.* Gen 15 y Gn 17). Dios le promete a Abrahán una tierra y una descendencia numerosa, pero no le pide nada a cambio. Esta alianza depende únicamente de la fidelidad de Dios a sus promesas; la infidelidad de Israel, por consiguiente, no puede invalidarla y, efectivamente, no la ha invalidado. La esperanza de Israel se basa, por tanto, en la gracia divina a la que responde la fe de Abrahán (Gn 15,6). Sobre este fundamento indestructible se reconstituyó Israel después del exilio, y eso es en gran parte lo que explica la razón de que los relatos patriarcales tengan tanta importancia en la historia de la salvación.